

puesto matrimonio, y gozaba oyendo la voz de Chesnel lamentándose á la señora Croisier. Profundamente religiosa y católica, realista y adicta á la nobleza, la señora Croisier participaba de las ideas de Chesnel con respecto á los Esgrignon; de modo que todos sus sentimientos acababan de ser heridos. Aquella buena realista había oído los aullidos del liberalismo que, según su director espiritual, ansiaba la ruina del catolicismo. Para ella, la extrema izquierda era el 1793 con la sedición y el patíbulo.

—¿Qué diría su tío de usted, aquel santo que nos escucha?—exclamó Chesnel.

La señora Croisier sólo respondió derramando gruesas lágrimas, que corrían por sus mejillas.

—Ustedes han sido ya causa de la muerte de un pobre muchacho y del duelo eterno de su madre—repuso Chesnel al ver cuan bien apuntaba, y hubiera apuntado hasta destruir aquel corazón por salvar á Victoriano.—¿Quiéren ustedes asesinar á la señorita Armanda, que no sobreviviría ocho días á la infamia de su casa? ¿Quiéren ustedes asesinar al pobre Chesnel, su antiguo notario, que matará al joven conde en la cárcel antes de que le condenen y que se matará después para no tener que comparecer como culpable de un asesinato?

—Amigo mío, ¡basta! ¡basta! Yo soy capaz de todo para enterrar este asunto, pero no he acabado de conocer por completo á Croisier hasta hace unos instantes... A usted ya puedo confesárselo... no hay medio posible.

—¿Y si lo hubiese?—preguntó Chesnel.

—Daría la mitad de mi sangre por conocerlo—respondió acompañando sus palabras de un movimiento de cabeza que indicaba sus deseos de salir airosa.

Semejante al Primer Consul, que vencido en los campos de Marengo hasta las cinco de la tarde, á las seis obtuvo la victoria mediante el ataque desesperado de Desaix y la terrible carga de Kellerman, Chesnel vió los elementos del triunfo en medio de las ruinas. Era preciso ser Chesnel, era preciso ser notario viejo, intendente viejo y pasante de maese Sorbiér, eran necesarias las iluminaciones repentinas de la desesperación para ser tan grande como Napoleón y hasta más grande: esta batalla no era Marengo, sino Waterloo, y Chesnel quería vencer á los prusianos viéndoles llegar.

—Señora, usted cuyos negocios he dirigido durante

veinte años, usted que es el honor de la burguesía, como los Esgrignon son el honor de la nobleza de esta provincia, sepa que depende ahora de usted sola el salvar á la casa Esgrignon. Ahora responda usted! ¿dejará deshonrar á los manes de su tío, á los Esgrignon y al desgraciado Chesnel? ¿Quiere usted matar á la señorita Armanda, que llora? ¿Quiere usted purgar sus culpas regocijando á sus antepasados, los intendentes de los duques de Alençon, consolando los manes de nuestro querido abate que, si pudiese salir de su tumba le encargaría que hiciese lo que yo le pido de rodillas?

—¿Qué?—exclamó la señora Croisier.

—¡Pues bien! he aquí los cien mil escudos—dijo sacando del bolsillo el paquete de billetes del banco. Acéptelos usted y todo habrá acabado.

—Si no se trata más que de eso—repuso—y si no puede resultar nada malo contra mi marido...

—Nada que no sea bueno—dijo Chesnel.—Usted le evita las venganzas eternas del infierno á costa de una pequeña contrariedad aquí abajo.

—¿No tendré compromiso ninguno?—preguntó la buena mujer mirando á Chesnel.

Chesnel leyó entonces en el fondo del alma de aquella pobre esposa. La señora Croisier vacilaba entre dos religiones, entre los mandatos que la Iglesia ha trazado á las esposas y sus deberes para con el trono y el altar; consideraba vituperable á su marido y no se atrevía á vituperarlo, hubiera querido poder salvar á los Esgrignon y no quería hacer nada contra los intereses de su marido.

—En nada—dijo Chesnel;—su anciano notario se lo jura sobre los santos Evangelios.

A Chesnel no le quedaba ya nada que ofrecer á la casa de Esgrignon más que su salvación eterna, y la arriesgó diciendo una horrible mentira; pero era preciso engañar á la señora Croisier ó perecer. Inmediatamente redactó él mismo y dictó á la señora Croisier un recibo de cien mil escudos fechado cinco días antes de la fatal letra de cambio, en una época en que recordó la ausencia de Croisier que había ido á dirigir ciertas mejoras en las posesiones de su mujer.

—¿Me jura usted declarar ante el juez de instrucción que ha recibido esta suma el día indicado?—dijo Chesnel cuando la señora Croisier tuvo los cien mil francos y él poseía aquel documento.

—¿No será una mentira?

—Oficiosa—contestó Chesnel.

—No me atrevo á hacerlo sin consultar á mi director el cura señor Couturier.

—Pues bien—dijo Chesnel,—obre usted en este asunto según sus consejos.

—Se lo prometo á usted.

—No le entregue la suma al señor Croisier hasta después de haber comparecido ante el juez de instrucción.

—Ya—contestó ella.—¡Ay de mí! ¡que Dios me dé fuerzas para comparecer ante la justicia humana sosteniendo una mentira.

Después de haber besado la mano de la señora Croisier, Chesnel se irguió majestuosamente como uno de los profetas pintados por Rafael en el Vaticano.

—El alma de su tío se estremece de gozo, y ha borrado usted para siempre la falta de haberse casado con el enemigo del altar y del trono.

Estas palabras impresionaron vivamente el alma timorata de la señora Croisier. Chesnel pensó en seguida en poner de su parte al abate Couturier, director espiritual de la señora Croisier. El notario sabía la terquedad que emplean los devotos en el triunfo de sus ideas una vez que se han empeñado en un partido, y quiso comprometer lo antes posible á la Iglesia poniéndola de su parte. Se fué, pues, al palacio Esgrignon, despertó á la señorita Armanda, le comunicó los acontecimientos de la noche y la encaminó al Obispado para atraer al prelado en persona al campo de batalla.

—¡Dios mío! tú debes salvar á la casa Esgrignon—exclamó Chesnel dirigiéndose á su casa con paso lento.— El asunto se convierte ahora en una lucha judicial. Tenemos enfrente hombres de grandes pasiones y de intereses, y podemos obtenerlo todo de ellos. Este Croisier ha aprovechado la ausencia del Fiscal del Rey que nos es adicto, pero que está en París desde que se abrieron las Cortes. ¿Qué habrán hecho para conquistar al primer substituto, que dió curso á la querrela sin consultar á su jefe? Mañana por la mañana habrá que penetrar este misterio, estudiar el terreno y tal vez, después de haber recogido los hilos de esta trama me volveré á París á fin de poner en juego las grandes influencias por mediación de la señora de Maufrigneuse.

Tales eran los razonamientos del pobre viejo, atleta que

veía las cosas con claridad y que se acostó medio muerto bajo el peso de tantas emociones y de tantas fatigas. Sin embargo, antes de dormirse dirigió una escudriñadora mirada á los magistrados que componían el tribunal, á fin de ver cuáles eran sus probabilidades de éxito en esta lucha y cuáles se dejarían influir por recomendaciones. Dando una forma sucinta al largo examen de conciencias que hizo Chesnel, tal vez resulte aquí un breve cuadro de la magistratura de provincias.

Los jueces y los demás empleados del Gobierno, obligados á empezar su carrera en provincias donde se agitan las ambiciones judiciales, ven todos con ambición París y todos aspiran á brillar en este vasto teatro, donde se juzgan los grandes políticos y donde la magistratura está enlazada con los grandes intereses palpitantes de la sociedad. Pero este paraíso de los curiales admite pocos elegidos y las nueve décimas partes de los magistrados tienen que ser destinados tarde ó temprano á provincias. Así es que toda audiencia real de provincias ofrece dos partidos bien marcados: el de los ambiciosos cansados de esperar y contentos con la excesiva consideración que se tiene en provincias á los magistrados, ó halagados por una vida tranquila, y el de los verdaderos talentos, á los que el deseo de medrar agujijonea sin cesar dándoles una especie de fanatismo por su sacerdocio. En esta época el realismo animaba á los jóvenes magistrados contra los enemigos de los Borbones. El substituto más insignificante soñaba con requisitorias y hacía mil votos por topar con uno de esos procesos políticos que poniendo de relieve á un hombre, atraen la atención del ministerio y sirven para hacerle ascender. ¿Quién en las audiencias no sentía envidia por aquella en que estallaba una conspiración bonapartista? ¿Quién no deseaba encontrar un Carón ó un Bertán? Estas ardientes ambiciones, estimuladas por la gran lucha de los partidos, apoyadas en la razón de Estado y en la necesidad de monarquizar á Francia, eran previsoras, perspicaces, hacían con rigor de agentes de policía y espiaban las poblaciones lanzándolas por la senda de la obediencia, de la que no debieran salir. La justicia, fanatizada entonces por la fe monárquica, reparaba los daños de los antiguos Parla-mentos é iba de acuerdo tal vez demasiado ostensiblemente con la religión. Ella fué entonces más celosa que hábil, y pasó, más bien que por maquiavelismo, por la necesidad de

sus miras, que parecieron hostiles á los intereses generales del país, al que ella procuraba poner al abrigo de las revoluciones. Pero considerada en conjunto, la justicia contenía aún demasiados elementos burgueses, era demasiado accesible á las pasiones mezquinas del liberalismo, y tarde ó temprano tenía que llegar á ser constitucional, afiliándose á la burguesía el día que estallase la lucha. En este gran cuerpo, como en la administración, hubo hipocresía, ó mejor dicho, un espíritu de imitación que lleva á Francia á amoldarse siempre á la corte y á engañarla de este modo inocentemente.

Estas dos clases de fisonomías judiciales existían en el tribunal que había de decidir de la suerte del joven conde de Esgrignon. El presidente señor Ronceret y un viejo juez llamado Blondet representaban allí á esos magistrados resignados á no ser más de lo que son y á permanecer para siempre en su pueblo. El partido joven y ambicioso, contaba al señor Camusot, juez de instrucción, y al señor Michu, nombrado juez suplente mediante la protección de la casa de Cinq-Cygne, y que debía pasar á la primera ocasión á la audiencia real de París.

Seguro de no ser destituido, gracias á la inamovilidad judicial, y como no fuese acogido por la aristocracia con toda la consideración que él deseaba, el presidente Ronceret se había decidido por la burguesía, dando á su desconcierto el aspecto de independencia y sin saber que sus opiniones le condenaban á ser presidente toda la vida. Una vez sumido en esta senda, fué llevado por la lógica de las cosas á cifrar su esperanza de ascenso en el triunfo de Croisier y del partido avanzado, sin tener en cuenta que así no daba gusto á la prefectura ni á la audiencia real. Obligado á guardar ciertas consideraciones al poder, resultaba sospechoso para los liberales, y por lo tanto no tenía ascendiente en ningún partido, pues se veía forzado á dejar á Croisier el cuidado de formar la candidatura, desempeñando así un papel secundario. La falsedad de su posición influía en su carácter, que era ya de suyo agrio y descontentadizo. Hasiado de su ambigüedad política, había resuelto ponerse al frente del partido liberal y dominar así á Croisier. Su conducta en el asunto del conde Esgrignon fué su primer paso en esta senda. Ronceret representaba admirablemente ya á esa burguesía que eclipsa con sus pasioncillas los grandes intereses del país, caprichosa en política, que está hoy en pro y ma-

ñana en contra del poder, que lo compromete todo y no salva nada, que se desespera ante el mal que causa y que continúa haciéndolo, que no quiere reconocer su pequeñez, que causa mil trastornos al gobierno diciendo ser su criado, que es á la vez humilde y arrogante, que pide al pueblo una subordinación que ella no tiene para la realeza, y que inquieta continuamente á las gentes superiores deseando ponerlas á su nivel, como si la grandeza pudiese ser pequeña y como si el poder pudiese existir sin fuerza.

Este presidente era un hombre alto y delgado, de frente deprimida, cabellos cenecios y castaños, ojiblanco, tez barrosa y labios recogidos. Su voz opaca dejaba oír el sordo silbido del asma, y estaba casado con una mujer alta y desgarrada, que adoptaba las modas más ridículas y que se emperifollaba excesivamente. La presidenta se daba aires de reina, usaba ropa de colores muy chillones y no iba nunca al baile sin esos turbantes á que tan aficionadas son las inglesas y que se cultivan con amor en provincias. Dueños ambos de cuatro ó cinco mil francos de renta, reunían con el sueldo de la presidencia unos doce mil francos. A pesar de su tendencia á la avaricia, recibían una vez por semana á fin de satisfacer su vanidad. Fieles á las antiguas costumbres de la villa, en que Croisier introducía el lujo moderno, los señores Ronceret no habían operado ningún cambio, desde su matrimonio, en la antigua casa donde vivían, perteneciente á la señora. Esta casa, que tenía una fachada que daba al patio y otra al jardinito, ofrecía, vista desde la calle, una vieja pared triangular y grisácea perforada por una ventana en cada piso. El patio y el jardín estaban cercados por un muro alto á lo largo del cual se extendían, en el jardín, una calle de castaños, y, en el patio, las dependencias para los criados. En la parte de la calle que daba al jardín, se veía una verja de hierro toda oxidada, y en el patio, entre dos testeros del muro, había una gran puerta cochera terminada por una inmensa concha. Esta concha se hallaba también encima de la puerta de la fachada. Todo era allí sombrío, ahogado, sin aire. La pared medianera tenía ventanas enrejadas, cual si fuesen de una cárcel. Las flores parecían despegarse de los cuadritos de aquel jardinito, en el que los transeuntes podían ver, por la reja, lo que se hacía en él. En el piso bajo, después de una gran antesala con luces al jardín, se entraba en el salón, una de cuyas ventanas daba á la

calle y que además tenían una puerta vidriera que daba á la escalinata del jardín. El comedor, de tamaño igual al salón, estaba al otro lado de la antesala. Estas tres piezas armonizaban con aquel conjunto melancólico. Dos techos, entrecortados por esas enormes vigas pintadas, obstruían la mirada. Las pinturas, de tonos chillones, estaban viejas y ahumadas. El salón, decorado con grandes cortinas de seda de color encarnado, comido por el sol, estaba provisto de un mobiliario pintado de blanco y tapizado con tapiz de Beauvais de colores pasados ya. Sobre la chimenea se veía un reloj del tiempo de Luis XV entre dos girándolas cuyas amarillas bujías no se encendían más que los días en que la Presidenta le quitaba el forro verde á una araña vieja con colgantes de cristal de roca. Tres mesas de juego con tapete verde raído y un chaquete bastaban para distracción de los concurrentes, que eran generalmente obsequiados por la señora Ronceret con sidra, castañas, tortas, vasos de agua con azúcar y horchata hecha en su casa. Hacía algún tiempo que había adoptado la costumbre de dar un té acompañado de pastas bastante ordinarias. Cada trimestre, los Ronceret daban una gran comida, de la que se hablaba en toda la villa y que era servida en una vajilla detestable, pero aderezada sin embargo, con la ciencia que distingue á las cocineras provincianas. Aquellas comidas gargantuescas duraban seis horas y el presidente procuraba en ellas oponer su abundancia de avaro á la elegancia de Croisier. De esta suerte, la vida y los accesorios de la casa del presidente estaban en armonía con su carácter y su falsa posición. Se aburría Ronceret en su casa sin saber por qué, pero no se atrevía á hacer ningún gasto para cambiar aquel estado de cosas, pues le halagaba demasiado el hecho de ahorrar siete ú ocho mil francos anuales para poder establecer ricamente á su hijo Fabián, que no había querido ser ni magistrado, ni abogado, ni administrador, y cuya holgazanería le desesperaba. En este punto, el presidente estaba en pugna con su vicepresidente señor Blondet, anciano juez, cuyo hijo estaba en relaciones hacía algún tiempo con la familia Blandureau. Estos ricos comerciantes en telas, tenían una hija única á la que el presidente deseaba casar con Fabián. Como el matrimonio de José Blondet dependía de su nombramiento de Juez suplente, que el anciano Blondet esperaba obtener presentando su dimisión, el presidente Ronceret contrariaba en secreto los

pasos del juez y procuraba atraerse á los Blandureau. A no haber sido por el asunto del joven conde de Esgrignon, tal vez los Blondet hubieran sido suplantados por el presidente, cuya fortuna era muy superior á la de su competidor.

La víctima de las maniobras de este presidente maquiavélico, el señor Blondet, una de esas curiosas figuras enterradas en provincias como medallas viejas en una cripta, tenía entonces unos sesenta y siete años, que llevaba muy bien; era de elevada estatura y su color y aspecto recordaban á los canónigos del buen tiempo. Su rostro, plagado de marcas de viruela que le habían deformado la nariz, no carecía de fisonomía, pues tenía un color encarnado muy igual y estaba iluminado por dos ojillos muy vivos, sardónicos generalmente, y animado por un cierto movimiento satírico en sus violáceos labios. Abogado antes de la revolución, había sido fiscal, pero fiscal de los más bonachones. El buen Blondet, como le llamaban, había suavizado la acción revolucionaria diciendo sí á todo y no ejecutando nada. Obligado á encarcelar á algunos nobles, había empleado tal parsimonia en sus procesos, que les hizo llegar al 9 de Thermidor con una maña que le valió la estimación general. Ciertamente que el señor Blondet hubiera debido ser presidente de la audiencia, pero cuando la reorganización de los tribunales fué postergado por Napoleón, cuyo desafecto á los republicanos se dejaba ver en los menores detalles de su gobierno. La calificación de fiscal de la Revolución escrita al margen del nombre de Blondet, contribuyó á que Napoleón le preguntase á Cambacerés si no había en el país algún vástago de alguna familia parlamentaria que pudiese ser puesto en su lugar, y entonces fué nombrado Ronceret, cuyo padre había sido consejero del Parlamento. A pesar de la repugnancia del Emperador, el archicanciller sostuvo á Blondet de juez en beneficio de la justicia, diciendo que el anciano abogado era uno de los jurisconsultos más distinguidos de Francia. El talento del juez, sus conocimientos del derecho antiguo y de la nueva legislación debían haberle llevado muy lejos; pero como todos los genios, despreciaba soberanamente sus conocimientos judiciales y se ocupaba casi exclusivamente de una ciencia ajena á su profesión, para la cual reservaba sus pretensiones, su tiempo y su capacidad. El buen hombre sentía una pasión loca por la horticultura, estaba en corres-

pondencia con los aficionados más célebres, tenía la ambición de crear nuevas especies, se interesaba por los descubrimientos de botánica y vivía, en fin, en el mundo de las flores. Como todos los floristas, sentía predilección por una planta, y su planta favorita era el *pelargonium*. La audiencia, sus procesos y su vida real no era, pues, nada al lado de la vida fantástica y llena de emociones que hacía el anciano, cada día más enamorado de sus inocentes sultanas. Los cuidados que prodigaba á su jardín y las dulces costumbres del horticultor clavarón al buen hombre Blondet en su invernadero. A no ser por esta pasión, tal vez hubiera sido nombrado diputado cuando el imperio y habría sin duda brillado en el cuerpo legislativo. Su matrimonio fué otra razón para su vida oscura. A la edad de cuarenta años cometió la locura de casarse con una joven de diez y ocho, de la que tuvo al primer año de su matrimonio un hijo llamado José. Tres años después, la señora Blondet, que era entonces la mujer más guapa de la villa, inspiró al prefecto una pasión que terminó con su muerte, y tuvo de él, á sabiendas de toda la villa y del mismo Blondet, un niño llamado Emilio. La señora Blondet, que hubiera podido estimular la ambición de su marido y quitarle la afición á las flores, favoreció el gusto del juez por la botánica, y no quiso dejar la villa, como el prefecto no quiso cambiar de prefectura mientras vivió su querida. Incapaz de sostener á su edad una lucha con una joven, el magistrado se consoló en su invernadero y tomó una criada muy bonita para cuidar su serrallo de bellezas incesantemente diversificadas. Mientras que el juez trasplantaba, regaba, limpiaba y variaba sus flores, la señora Blondet gastaba sus bienes en perfollos y en modas para brillar en los salones de la prefectura; un solo interés, la educación de Emilio, que era indudablemente parte integrante de su pasión, era lo único que podía hacerle olvidar los cuidados de aquel afecto que la villa llegó á admirar. Aquel hijo del amor era tan guapo y listo, como torpe y feo era José. El anciano juez, cegado por el amor paterno, amaba tanto á José como su mujer quería á Emilio. Durante doce años, el señor Blondet dió pruebas de una resignación perfecta y cerró los ojos á los amores de su mujer, conservando una actitud noble y digna á la manera de los grandes señores del siglo xviii; pero como todas las gentes aficionadas á la vida tranquila, sentía un

odio profundo contra su hijo menor, y, en 1818, á la muerte de su mujer, expulsó al intruso enviándole á estudiar la carrera de derecho á París, con una pensión de mil doscientos francos, á la que por ningún concepto quiso añadir un óbolo. Sin la protección de su verdadero padre, Emilio Blondet hubiera estado perdido. La casa del juez es una de las más bonitas de la villa. Situada casi enfrente de la prefectura, tiene un patio muy limpio que da á la calle principal, patio que estaba cercado por una reja de hierro contenida entre dos pilares de ladrillo. Entre cada uno de estos pilares y la casa vecina se hallan otras dos rejas fijadas también en paredes de ladrillo de un metro de altura. Este patio, que tiene diez toesas de ancho y veinte de largo, está dividido en dos cuadros de flores por la acera de ladrillo que conduce de la reja á la puerta de la casa. Estos dos cuadros, renovados cuidadosamente, ofrecen á la admiración pública sus triunfales ramilletes en todas las estaciones. Desde el pie de estos dos cuadros de flores asciende, sobre las paredes de las dos casas vecinas, una magnífica capa de plantas trepadoras. Los pilares están envueltos con madreselvas y adornados con dos tiestos, en los que unos cactus aclimatados ofrecen á las miradas asombradas de los ignorantes sus monstruosas hojas plagadas de sus punzantes defensas, que parecen ser debidas á una enfermedad botánica. La casa, construida con ladrillo y cuyas ventanas están rodeadas de un margen de ladrillo también, muestra su sencilla fachada animada con persianas de un color verde muy vivo. Su puerta vidriera permite ver por un largo corredor, al extremo del cual hay otra puerta vidriera, la calle principal de un jardín de unas dos fanegas. Los cuadros de flores de este cercado se ven á veces por las ventanas del salón y del comedor, que se corresponden entre sí como las del corredor. Del lado de la calle, el ladrillo ha tomado después de dos siglos un color oxidado entremezclado de tonos verdosos, en armonía con la frescura de sus cuadros y de sus arbustos. Al viajero que atraviesa la villa le es imposible no fijarse en aquella casa tan graciosamente situada, florida y musgosa hasta en el tejado.

Además de esta vieja casa, en la que nada había cambiado hacía un siglo, el juez poseía unos cuatro mil francos de renta en tierras. Su venganza, bastante legítima, consistía en

hacer pasar su casa, sus tierras y su destino á su hijo José, y la villa entera conocía sus intenciones. El anciano había hecho un testamento en favor de su hijo, testamento en el cual lo mejoraba en todo lo que el código permite que un padre mejore á un hijo en detrimento del otro. Además, el buen hombre atesoraba hacia quince años con objeto de dejar á aquel necio la suma necesaria para que diese á su hermano Emilio la porción que no podía quitarle. Arrojado de la casa paterna, Emilio Blondet había sabido conquistar una brillante posición en París, pero más moral que positiva. Su pereza, su abandono y su despreocupación habían desaperado á su verdadero padre, el cual, destituido en una de las reacciones ministeriales tan frecuentes cuando la Restauración, había muerto casi arruinado dudando del porvenir de un muchacho dotado por la naturaleza de las cualidades más brillantes. Emilio Blondet estaba sostenido por la amistad de una de las Troisville, casada con el conde de Montcornet, á quien había conocido antes de casarse. Su madre vivía aún en el momento en que los Troisville volvían de la emigración, y la señora Blondet, que estaba emparentada con esta familia, aunque su parentesco era lejano, pudo introducir en ella á Emilio. La pobre mujer presentía el porvenir de su hijo y le veía huérfano, pensamiento que hacía su muerte doblemente amarga; así es que le buscó protectores y supo relacionar á Emilio con la mayor de las señoritas de Troisville, á la que gustó infinitamente, no obstante lo cual no pudo casarse con él. Aquellas relaciones fueron semejantes á las de Pablo y Virginia. La señora Blondet procuró dar dirección á aquel mutuo afecto, que debía pasar como pasan ordinariamente esas niñerías, pero por medio del cual podía encontrar su hijo un apoyo en la familia Troisville. Cuando la señora Blondet, moribunda ya, supo el matrimonio de la señorita Troisville con el general Montcornet, fué á rogarle solemnemente que no abandonase nunca á Emilio y que lo patrocinase en el mundo parisiense, donde la fortuna del general la llamaba á brillar. Afortunadamente para él, Emilio se protegió á sí mismo. A los veinte años se dió á conocer como un maestro en el mundo literario. Su éxito no fué menor tampoco en la sociedad escogida que le hizo frecuentar su padre, el cual pudo en un principio atender á los gastos del joven. Aquella celebridad precoz y la hermosa figura de Emilio, contribuyeron sin duda á estrechar los lazos de

amistad que le unían con la condesa. Tal vez la señora de Montcornet, que llevaba sangre rusa en las venas (su madre era hija de la princesa Sherbellof), hubiese renegado de su amigo de la infancia de haberle visto pobre y luchando contra los obstáculos de la vida parisiense y literaria; pero cuando llegaron los apuros de la vida aventurera de Emilio, su apego era ya inalterable por ambas partes. En este momento, Blondet, á quien el joven Esgrignon encontró en París en su primera cena, pasaba por una de las lumbreras del periodismo, se le atribuía una gran superioridad en el mundo político y gozaba de gran reputación. El buen anciano Blondet ignoraba por completo el poder que el gobierno constitucional había dado á los periódicos, y como nadie se atrevía á hablarle de un hijo á quien odiaba, ignoraba el porvenir y el poder de aquel hijo maldito. La integridad del juez igualaba á su pasión por las flores, pues no conocía más que el derecho y la botánica. Recibía á las partes, los escuchaba, hablaba con ellos y les enseñaba sus flores, aceptaba de ellos preciosas semillas, pero en su asiento pasaba á ser el juez más imparcial del mundo. Su manera de proceder era tan conocida, que los litigantes no iban ya á verle más que para entregarle documentos que pudiesen hacerle ver la verdad, sin que nadie intentase engañarle. Su saber, sus luces y su despreocupación por su talento le hacían tan indispensable á Ronceret, que á no ser por sus razones matrimoniales, el presidente hubiera contrariado también secretamente por todos los medios posibles la petición del juez en favor de su hijo, pues si el sabio anciano dejaba el tribunal, el presidente quedaba imposibilitado para formular un juicio. El buen viejo Blondet no sabía que en pocas horas su hijo Emilio podía realizar sus deseos. Vivía con una sencillez digna de los héroes de Plutarco: por la noche estudiaba los procesos, por la mañana cuidaba las flores y durante el día administraba justicia. La bonita criada, que se había vuelto madura y arrugada como una manzana de Pascuas, cuidaba la casa siguiendo los usos y costumbres de una avaricia rigurosa. La señorita Cadot llevaba siempre consigo las llaves de los armarios y del frutero; era infatigable: iba ella misma al mercado, hacía la comida y arreglaba las habitaciones y no dejaba nunca de oír misa por la mañana. Para formarse una idea de la vida interior de este hogar, bastará decir que el padre y el hijo no comían nunca más que frutas medio

podridas, á causa de la costumbre que tenía la señorita Cadot de dar siempre en los postres las más viejas; que se ignoraba el goce del pan fresco y que se observaban los ayunos prescritos por la Iglesia. El jardinero estaba racionado como un soldado y era vigilado constantemente por aquella vieja doméstica, la cual gozaba de tanta deferencia, que comía con sus amos, no obstante verse obligada á trotar continuamente desde el comedor á la cocina. El matrimonio de José Blondet con la señorita Blandureau había quedado sometido, por los padres de esta heredera, al nombramiento de aquel pobre abogado sin pleitos para la plaza de juez suplente. En su deseo de hacer á su hijo capaz de desempeñar sus funciones, el padre se mataba dándole lecciones para hacer de él un rutinario. El hijo pasaba casi todas las noches en casa de su pretendida, donde Fabián de Ronceret había sido admitido desde su vuelta á París sin que el viejo ni el joven Blondet concibiesen el menor temor. Los principios económicos que presidían aquella vida mesurada con una exactitud digna del Pesador de Oro de Gerardo Dow, donde no entraba un grano de sal más y donde no se olvidaba nada aprovechable, cedía sin embargo ante las exigencias del invernadero y de la jardinería. El jardín era la locura del señor, según decía la señorita Cadot, que no consideraba su ciego amor por José como una locura, pues respecto á este punto participaba por aquel muchacho de la misma predilección que el padre: le miraba, le alababa y hubiera querido ver empleado en él el dinero invertido en la horticultura. Aquel jardín, maravillosamente cuidado por un solo jardinero, tenía calles enarenadas con arena de río, rastrilladas sin cesar y á cada lado de las calles, platabandas llenas de las flores más raras. Allí todos los perfumes, todos los colores, millares de tiestos puestos al sol, lagartijas en las paredes, azadillas, arados, en fin, el conjunto de las cosas inocentes y de las producciones graciosas, que justifican esa encantadora pasión. Al extremo de su invernadero, el juez había hecho un vasto anfiteatro en cuyas gradas se veían cinco ó seis mil tiestos de *pelargonium*, magnífica y célebre asamblea que era visitada en la época del florecimiento por gentes de la villa y de los alrededores. Al pasar por aquella villa la emperatriz María Luisa, honró con su visita aquel curioso invernadero, y le sorprendió tanto el espectáculo que habló de él al emperador, y éste le concedió una cruz. Como el

sabio horticultor no frecuentaba más sociedad que la de la casa Blandureau, ignoraba los pasos hechos á la sordina por el presidente, y los que habían podido adivinar las intenciones de Ronceret, le temían demasiado para ir á avisar á los inofensivos Blondet.

Respecto al joven Michú, poderosamente protegido, se ocupaba mucho más de agradar á las mujeres de la clase más elevada, donde había sido admitido por recomendación de la familia Cinq-Cygne, que de los asuntos excesivamente insignificantes de una audiencia de provincias. Dueño de unos doce mil francos de renta, era cortejado por las madres y hacía una vida de placer. Asistía al tribunal por deber, como hacen los colegiales en el colegio, y aunque tenía opiniones propias, decía á todo:

—Sí, querido presidente.

Sin embargo, bajo aquel aparente abandono, ocultaba el espíritu superior de un hombre que había estudiado en París y que se había distinguido como sustituto. Acostumbrado á tratar ampliamente todos los asuntos, hacía con gran rapidez lo que al viejo Blondet y al presidente les costaba mucho tiempo, y á veces hasta llegaba á resumirles cuestiones difíciles de resolver. En las circunstancias delicadas, el presidente y el vicepresidente consultaban á su juez suplente, le confiaban las deliberaciones espinosas y se quedaban maravillados siempre de la prontitud con que realizaba trabajos á los que ningún reparo podía poner el anciano Blondet. Protegido por la aristocracia más rancia, joven y rico, el juez suplente vivía alejado de las intrigas y de las pequeñeces del departamento. Indispensable en todas las jiras campestres, saltaba con las jóvenes, cortejaba á las madres, bailaba y jugaba como un financiero. En fin, que desempeñaba á las mil maravillas su papel de magistrado distinguido, sin comprometer sin embargo su dignidad, y poniéndola, por el contrario, de manifiesto en las ocasiones oportunas, como hombre de talento. Tenía infinitas simpatías por la manera franca como había adoptado las costumbres provincianas sin criticarlas, así es que todo el mundo se esforzaba por hacerle soportable el tiempo de su destierro.

El fiscal de Su Majestad, magistrado de gran talento pero sumido en la alta política, imponía al presidente, tanto, que á no ser por su ausencia el asunto de Victoriano no hubiera tenido lugar. Su destreza, su costumbre de los negocios, lo

hubiera previsto todo. El presidente y Croisier habían aprovechado su estancia en la Cámara de diputados, en la cual era uno de los oradores adictos más notables, para urdir sus tramas, calculando con infalible habilidad que una vez que el asunto estuviera en manos de la justicia y se hubiera hecho público, ya no tenía remedio. En efecto, en aquella época ningún tribunal de audiencia hubiese acogido sin un largo examen una denuncia por falsificación contra el hijo mayor de una de las familias más nobles del reino. En semejante circunstancia, los magistrados, de acuerdo con el poder, hubieran intentado mil transacciones para no dar curso á una querrela que podía enviar á galeras á un joven imprudente, y tal vez hubiesen obrado lo mismo con una familia liberal considerada, á no ser que fuese abiertamente enemiga del trono y del altar. La admisión de la denuncia de Croisier y el arresto del joven conde no habían sido, pues, cosa fácil. He aquí como se habían arreglado el presidente y Croisier para lograr sus fines.

El señor Sauvager, joven abogado realista llegado al grado judicial de primer substituto á fuerza de servilismo ministerial, reinaba en la audiencia en ausencia de su jefe, y de él dependía, por lo tanto, la admisión de la queja de Croisier. Sauvager, hombre insignificante y sin ninguna clase de fortuna, vivía de su destino; de modo que el Poder podía contar por completo con un hombre que lo esperaba todo de él. El presidente explotó esta situación. Tan pronto como el documento acusado de falso estuvo en manos de Croisier, la señora del presidente Ronceret, instada por su marido, tuvo una larga conversación con el señor Sauvager, al que hizo notar lo muy insegura que era la carrera de la magistratura, toda vez que un capricho ministerial ó una sola falta mataba el porvenir de un hombre.

—Sea usted hombre de conciencia y sentencie contra el Poder cuando sea culpable, y está usted perdido. Puede usted aprovecharse en este momento de su posición para hacer un buen matrimonio que le ponga al abrigo para siempre de todo riesgo, procurándose una fortuna por medio de la cual podrá usted asegurarse en la magistratura. La ocasión es hermosa. El señor Croisier no tendrá nunca hijos; todo el mundo sabe por qué; su fortuna y la de su mujer irán á parar á su sobrina, la señorita Duval. El señor Duval es un herrero cuya bolsa tiene ya algún volumen, y su padre, que

vive aún, tiene bienes. El padre y el hijo tienen los dos un millón, y lo duplicarán ayudados por Croisier, que se mete ahora en la alta banca y en los negocios industriales de París. Los señores Duval dan á su hija al hombre que sea presentado por su tío Croisier, en consideración á las dos fortunas que dejará á su sobrina, pues Croisier hará sin duda mejorar en el contrato á la señorita Duval: con toda la fortuna de su mujer, que no tiene herederos. Usted ya conoce el odio de Croisier á los Esgrignon; sírvale, sea su ayuda, dé curso á una denuncia de falsificación que le presentará contra el conde de Esgrignon y persiga usted á éste inmediatamente, sin consultar al fiscal de Su Majestad. Luego ya no tiene usted más que rogar á Dios porque el ministro le destituya por haber sido magistrado imparcial en contra del Gobierno, y su fortuna está hecha. Tendrá usted una mujer encantadora y una dote de treinta mil francos, sin contar cuatro millones de esperanza dentro de una docena de años.

En dos veladas el primer substituto quedó conquistado. El presidente y el señor Sauvager habían mantenido la cosa en secreto para el viejo juez, para el juez suplente y para el segundo substituto. Seguro de la imparcialidad de Blondet en presencia de los hechos, el presidente tenía mayoría, sin contar á Camusot. Pero todo faltó por la retirada imprevista del juez de instrucción. El presidente quería un juicio de acusación antes de que el fiscal supiese nada. ¿No le avisarían Camusot ó el segundo substituto?

Ahora, explicando la vida interior del juez Camusot, tal vez se comprendan las razones que permitían á Chesnel considerar á este joven magistrado como partidario de los Esgrignon, atreviéndose hasta á sobornarle en plena calle. Camusot, hijo de la primera mujer de un ilustre comerciante en sedas de la calle de Bourdonnais, había sido destinado á la magistratura. Al casarse con su mujer, conquistó la protección de un alguacil del gabinete del rey, protección oculta, pero eficaz, que le había valido ya su nombramiento de juez y, más tarde, el de juez de instrucción. Su padre no le había dado al casarle más que seis mil francos de renta, fortuna ésta de su difunta madre, deducción hecha de su parte como esposo, y, como la señorita Thirion no le había llevado más que veinte mil francos de dote, este matrimonio conocía las desgracias de una pobreza oculta, pues el sueldo de un juez en provincias no pasa de mil quinientos francos. Sin em-



bargo, los jueces de instrucción tienen un suplemento de mil francos á razón de los gastos y de los trabajos extraordinarios de sus funciones. A pesar de las fatigas que dan estas plazas, son bastante deseadas, pero son revocables; así es que la señora Camusot acababa de reñir á su marido por haberle descubierto sus intenciones al presidente. María Cecilia Amelia Thirion, después de tres años de matrimonio, había notado la bendición de Dios, mediante la regularidad de dos partos felices, una niña y un niño; pero suplicaba á Dios que no la bendijese tanto. Algunas bendiciones más, y sus apuros pecuniarios se convertirían en miseria. La fortuna del señor Camusot padre, tenía trazas de hacerse esperar mucho tiempo. Por otra parte, aquella rica herencia no podría dar más que ocho ó diez mil francos de renta á los hijos del negociante, que eran cuatro y habidos en dos matrimonios. Además, cuando se realizasen las esperanzas ¿no tendría el juez hijos á quienes establecer? Todo el mundo conocía, pues, la situación de una mujercita llena de buen juicio y de resolución, como era la señora Camusot, la cual había sentido demasiado la importancia de un mal paso dado por su marido en su carrera, para no mezclarse en asuntos judiciales.

Hija única de un antiguo servidor del rey Luis XVIII, un ayuda de cámara que le había seguido á Italia, á Curlanda y á Inglaterra y á quien el rey había recompensado con la única plaza que pudo llenar, la de ujier de su gabinete, Amelia había recibido en su casa como un reflejo de la corte. Thirion le describía los grandes señores, los ministros y los personajes á quienes anunciaba é introducía, viéndoles pasar y repasar. Educada como á la puerta de las Tullerías, esta joven había, pues, tomado un baño de las máximas que allí se practican y había adoptado el dogma de la obediencia absoluta al poder. Así es que había juzgado sabiamente poniéndose de parte de los Esgrignon, pues su marido complacería á la señora duquesa de Maufrigneuse, ó sea á dos poderosas familias en las que su padre se apoyaría en un momento oportuno, aprovechando su influencia con el rey. A la primera ocasión, Camusot podía ser nombrado juez de París mismo. Este ascenso soñado, deseado á cada momento, debía aportar seis mil francos de sueldo, las dulzuras de un hospedaje en casa de su padre ó de los Camusot y todas las ventajas de las dos fortunas paternas. Si el adagio: *ojos que no*

*ven corazón que no siente* es cierto para la mayor parte de las mujeres, es sobre todo cierto en cuestión de sentimientos de familia y de protecciones ministeriales ó reales. En todo tiempo las gentes que sirven personalmente á los reyes han hecho su agosto; siempre se interesa uno por un hombre cuando le ve todos los días, aunque este hombre sea un criado.

La señora Camusot, que se consideraba como de paso, había tomado una casita en la calle del Cygne. La villa no es bastante concurrida para que se ejerza en ella la industria de las habitaciones amuebladas. Por otra parte, este matrimonio no era bastante rico para vivir en una fonda como el señor Michú. La parisiense se había visto obligada, pues, á aceptar los muebles del país. La modicidad de sus rentas la había obligado á tomar aquella casa atrozmente fea, pero que no carecía de cierta sencillez de detalles. Apoyada en la casa vecina de modo que presentaba su fachada al patio, no tenía en cada piso más que una ventana á la calle. El patio, cercado por dos muros adornados de rosales y de alaternos, tenía en el fondo, enfrente de la casa, un tinglado soportado por arcadas de ladrillos. Una puertecita de dos hojas daba entrada á aquella casa sobria ya por sí y sombreada además por un gran nogal plantado en medio del patio. En el piso bajo, adonde se subía por una escalinata de doble entrada y con barandillas de hierro labrado, pero comido por el óxido, se hallaba un comedor y del otro lado la cocina. El fondo del corredor que separaba estos dos cuartos estaba ocupado por una escalera de madera. El primer piso no se componía más que de dos piezas, una de las cuales servía de despacho al magistrado y la otra de dormitorio. El segundo piso abuhardillado contenía también dos cuartos, uno para la cocinera y el otro para la camarera que se cuidaba de los niños. Ninguna pieza tenía cielo raso y todas dejaban ver esas vigas blanqueadas con cal con los entredoses rellenos de yeso. Los dos cuartos del primer piso y la sala de abajo tenían esos artesonados en que han ejercido su paciencia los carpinteros del siglo pasado. Aquellas maderas pintadas de gris tenían aspecto triste. El despacho del juez era como el de un abogado de provincias: una gran mesa despacho, un sofá de caoba, la biblioteca del estudiante de derecho y los mezquinos muebles llevados de París. El cuarto de la señora era indígena: tenía adornos azules y blancos, una alfombra,